

ciones inconscientes que el mismo actor no conoce, aunque son aparentes a los demás, y quizás en la reforma del matrimonio y de las instituciones familiares, la Iglesia estaba movida conscientemente por motivos religiosos y morales, pero, inconscientemente, por el deseo de conseguir unas riquezas que le permitiesen ocupar el puesto que creía debía ocupar en la sociedad, y llevar a cabo las obras piadosas y asistenciales que creía debía realizar.

Gaspar Rul-lán Buades

AMERICA LATINA

Mac GREGOR, F.E. (1994), *Violence in the Andean region*, Assen, The Netherlands, 139 págs.

Este libro es un modelo de investigación comparativa e interdisciplinar. El análisis confronta los resultados obtenidos en seis países: Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. De otra parte los siete capítulos analizan la relación entre la violencia y la cultura, el estado, la vida diaria, el tráfico de drogas, los medios masivos de comunicación, para concluir con una síntesis regional de lo que pasa en el área andina y proponer, en fin, sugerencias concretas sobre estrategias pacificadoras.

El primer acierto del estudio es la cuidadosa preparación de su marco teó-

rico. La violencia es considerada, de una parte como un fenómeno social, una respuesta colectiva a un estímulo que viene de toda la estructura social y no como una patología episódica y anómala. Tampoco piensan los investigadores que la violencia sea una respuesta unívoca: la violencia es una respuesta diversificada que una sociedad específica da a sus problemas propios: tiene características regionales dentro del panorama nacional aunque permite descubrir regularidades en el nivel internacional. Y por lo mismo se planea un estudio comparativo que permita descubrir tanto las regularidades como las divergencias en la definición misma del fenómeno de la violencia (Capítulo 1).

Esta formulación correcta del marco en el que los investigadores tratan de formular sus preguntas abre el camino a una primera hipótesis: la naturaleza primariamente simbólica del problema. Los enfrentamientos entre los diversos sectores de las sociedades estudiadas tienen como base una integración deficiente y, aun, la no integración de los que aparentemente conforman una nación latinoamericana. Estas diferencias se observan a lo largo de las raíces étnicas, de la segregación geográfica y de la afiliación religiosa. Es, pues, muy verosímil, que un Estado construido sobre tales arenas movedizas no encuentre el valor simbólico real que le permita obtener un consenso y deba, por lo mismo, recurrir al autoritarismo, en su afán por unificar las sociedades en las que se descubren conflictos con orígenes mucho más pro-

fundos que la clase social.

En esta línea es interesante la explicación del carácter sanguinario de "Sendero Luminoso" desde la hipótesis del resentimiento étnico que encuentra un salida en ese movimiento guerrillero (págs 24).

Con semejante fractura original el Estado no alcanza la credibilidad indispensable para un ente representativo. En el estudio sobre Colombia, los investigadores hablan de que el Estado "le tiene miedo al pueblo". Y así la comparación de los conflictos nacionales permite a los investigadores diagnosticar para los seis países una necesidad crónica de recurrir al autoritarismo como fórmula unificadora, con el consiguiente refuerzo de la violencia ancestral. La conclusión práctica es la urgencia de una modernización del Estado mediante la transformación del sistema oligárquico, herencia del modelo colonial, en un sistema moderno que extienda la representación a la parte esclavizada de la colonia (pág. 37), lo cual supone la construcción de una ciudadanía sobre la base del pluralismo, tanto más ardua cuanto que los obstáculos en ese campo no son solamente verticales sino también horizontales como aparece claro en el caso colombiano.

El tratamiento que recibe la violencia en la vida cotidiana (capítulo 3) está casi exclusivamente marcado por el caso urbano, como si aquella no se encontrara también en el sector rural, en versiones posiblemente más reveladoras de la naturaleza profunda del problema. Con todo, en este mismo capítulo se subraya un aspecto crítico: la impunidad que

sigue a los sistemas de justicia deficientes y su consecuencia natural que consiste en dejar indefensos a los más débiles. Se echa de menos entre los factores de la violencia cotidiana la proliferación de los celadores armados y de los guardaespaldas privados, aunque la síntesis general del estudio alude a ellos (pág. 111). Es bien conocida la prosperidad de la industria de la seguridad privada, en países como Colombia y Perú, administrada por militares retirados. Estos ejércitos privados no se suelen contar entre los "paramilitares", porque no están en pié de guerra declarada. No hay que subestimar, sin embargo, el valor simbólico de este fenómeno ni el peso específico que adquiere en la violencia cotidiana, además de que incluye un significado de clase que le da un relieve particular. Los celadores armados, lo mismo que los guardaespaldas privados son los contrincantes de su propia clase social.

El diagnóstico de "privatización de la vida pública" que ha hecho de la sociedad latinoamericana una réplica contemporánea del modelo feudal es muy preciso (pág. 106). En realidad, ya hace algún tiempo se propone, como camino hacia estructuras modernas, la "nacionalización del Estado", expresión irónica que describe con propiedad lo que los investigadores de la violencia documentan ampliamente en este estudio: el régimen oligárquico.

Las estrategias recomendadas son oportunas porque parten de la necesidad de una educación cívica. Los estudiosos han identificado demasiadas formas de

socialización en la violencia que arranca desde el seno de la familia y se propagan por todo el tejido social. Un desarrollo semejante sólo puede ser contrarrestado efectivamente por la sustitución de formas socializantes que no se apoyen sobre el autoritarismo sino que se abran a todas las formas de la participación popular.

Este es el sentido de las 17 recomendaciones finales: desencadenar procesos democráticos que permitan la expansión de todos los miembros de dichas sociedades en lo que constituye su rasgo común: ser personas.

Alejandro Angulo, S.J.